



Fin de la cuaresma

(COVID-19)

----- Meditación y Homilía -----

EL DON DEL DISCERNIMIENTO

En un instructivo diálogo de Dios con Salomón al principio de su reinado, este le pide el don de la sabiduría para juzgar, el don del discernimiento. En principio parece una petición adecuada, un don que va a llegar a él sin afectarle en su vida personal, pues se trataría de reinar sobre los demás con sabiduría. Pero Salomón, como tantos otros que lo han pedido, apenas es (somos) consciente de lo que supone.

El don del discernimiento sobre la realidad comienza siempre con el conocimiento de uno mismo. Aquí está el principio de la sabiduría que da el Señor. Él nos acompaña para que descubramos quién somos. Pero cuando iniciamos este camino, lo primero que descubrimos no es quién somos, sino cómo somos. A medida que vamos adentrándonos en nosotros mismos de la mano de Cristo nos damos cuenta de que además de lo que creemos ser y además de lo que queremos ser, existe un caos de pensamiento y emociones, de pulsiones y deseos descontrolados, que apenas alcanzamos a dominar. Un mundo que pretendemos mantener escondido no solo a Dios y a los demás, sino incluso a nosotros mismos. Entonces nosotros, que queríamos ahondar en nuestra vida para alcanzar a Cristo, con él parece que solo hemos llegado a un lugar inhóspito donde no siempre es fácil vivir, incluso donde es fácil desesperar. Somos como aquellos que escavan la tierra buscando un mineral y cada día vuelven de la mina sin encontrarlo más sucios y cansados, con más ganas de tirar la toalla.

Y nos viene la tentación de volver a una religión de normas y no de discernimiento. Y le decimos a Dios que nos diga lo que tenemos que hacer en vez de pedirle el don del discernimiento. Y así, como no hemos ahondado lo suficiente en nuestro caos, no sabemos juzgar la vida ni a los demás, y nos dedicamos a criticarla y condenarla desde las normas que nos hemos dado a nosotros mismos para estar a bien con Dios, al menos aparentemente.

Pero Dios le dice a Salomón, y nos dice a nosotros: *Has pedido bien*. Y al hacerlo nos recuerda, cuando lo queremos dejar como si fuera un callejón sin salida, que ese es el camino, y que todo sirve para el bien, también el paso por este infierno de nuestro barro dolorido, torpe, miserable..., si le amamos, si buscamos su amor.

Si nos acercamos a la parábola del tesoro oculto del evangelio, allí podemos descubrir la buena noticia. Esta parábola se nos anuncia que bajo esa tierra que se muestra dura, reseca, extraña incluso cuando es la nuestra, está un tesoro escondido. Que allí mismo en ese desierto de soledades y aullidos, está con nosotros el que nos ama. Que allí ha estado siempre, incluso cuando nosotros le buscábamos solo desde nuestra parte presentable. Y allí mismo nos invita a mirarnos con sus ojos, a descubrir en ellos su esperanza en nuestras vidas, porque Él sabe que somos de barro, y Él puede modelarnos si nos entregamos confiadamente sin esconderle nada. Este es el tesoro escondido, que solo encuentran los que saben confiar o sin saber confiar se entregan a la confianza (“creo pero ayuda mi fe”), el tesoro que encuentran los que no desesperan de Dios en medio de sus lágrimas y su pecado.

San Pablo nos recuerda que *entonces* (en un entonces que es el futuro Dios siempre presente en nuestras vidas) *conoceremos como somos conocidos*. Es decir, en ese momento alcanzaremos el don de la sabiduría, el don del discernimiento, porque podremos ver todo con amor, como somos vistos nosotros mismos desde siempre por Dios. Entonces comprenderemos lo que somos (hijos amados en el Hijo que se hizo barro por nosotros) más allá de cómo somos. Comprenderemos con alegría que todo sucede en

su amor, que estamos tatuados eternamente en su misma piel, aunque a veces parezcamos una alergia en su misma vida. Y aprenderemos igualmente a mirarnos desde lo que somos, hermanos, y no solo desde lo que hacemos o nos hacemos.

Pero, no nos engañemos, el camino es difícil, y de continuo buscamos atajos. Nos hacemos trampas a nosotros mismos viniendo continuamente a la superficie del barro y enfangándonos de nuevo en la vorágine del mundo. Por eso es tan importante pedir este don al Señor, como hace Salomón. Solo Él puede darnos el ánimo y la fortaleza necesaria para resistir en el camino. Solo Él que con su discreción misericordiosa hace que su santidad no nos queme hasta que no lo haga del todo y sólo en el amor.



V DOMINGO DE CUARESMA

La palabra que la Iglesia nos propone meditar este domingo de cuaresma comienza con una frase desconcertante: *Yo mismo abriré vuestros sepulcros*. Bastaría esta frase para que dejáramos de escuchar. ¿Acaso estamos muertos?, ¿acaso estamos encerrados sin vida en un sepulcro? Quizá podamos recordar para empezar la pregunta que los dirigentes judíos hicieron a Jesús cuando este Jesús había curado al ciego de nacimiento. Una pregunta que ocultaba que también ellos debían ser sanados: ¿Es que también nosotros somos ciegos?

Sí. Nosotros somos los ciegos y nosotros somos los muertos. En las lecturas de hoy no se habla de la resurrección y la vida que Dios nos dará después de la muerte biológica. La cuestión es más cercana, más personal, más vital.

La lectura de Ezequiel continúa: *Os llevaré de nuevo a la tierra de Israel*. Y lo dice por dos veces: *Os estableceré de nuevo en vuestra tierra* -repite-, en la tierra que elegí para vosotros. Se recuerda aquí la tierra prometida, aun virgen, cuando el pueblo estaba a sus puertas. Una tierra necesitada, para convertirse en tierra fecunda, de que el pueblo entre en ella con la Ley que Dios le había ido escribiendo en su corazón a lo largo del camino del desierto. Ahora bien, esa tierra se había llenado de injusticia, de enfrentamientos, de tristeza y desesperanza, de cinismo cuando habla Ezequiel. Se había llenado de un espíritu posesivo y orgulloso que la había sembrado de muerte. Y ahí estamos, el pueblo de Israel y nosotros mismos. ¿Quién no lo verá?

Esta es también la tierra de muerte a la que Cristo se dirige cuando va a Betania. Cuando llega al ver el panorama, se conmueve. Dos veces, dice el evangelio. Se conmueve al escuchar la sensación de orfandad de Marta y María, que ven como la vida de su hermano se pierde (*Si hubieras estado aquí no habría muerto*, dicen las dos). Se conmueve igualmente al escuchar el cinismo de los que parecen estar allí para consolarlas, pero que se muestran insensibles y acusadores (*¿No es este el que curó al ciego?, ¿no podría resucitar a Lázaro?*, dicen recordándonos lo que dirán otros dentro de no mucho tiempo al pie de la cruz).

La tierra virgen llamada a ser tierra prometida, nuestra tierra; esta que nos rodea en nuestra vida cotidiana, este espacio de vida y relaciones que Dios nos ha regalado para

que fuéramos descubriendo su amor por nosotros al contacto con los demás y con los frutos que produce... Esta tierra está atravesada por la muerte. ¿Acaso no se puede escuchar a muchos decir al Señor: *Si estuvieras aquí... no nos pasaría esto...* rodeados de un mundo indiferente a su dolor? Y ¿no escuchamos justificaciones cínicas, impías, que buscan descargarse de la responsabilidad para con los hermanos que sufren?, ¿no escuchamos estas justificaciones también en nuestro corazón?

El mundo está preso en una tumba de tristeza y de cinismo. Y la losa es muy grande. Y es necesario que reaprendamos a creer en Cristo para salir de ella. Es necesario que volvamos a ver nuestro pequeño mundo como el lugar en el que Dios nos regala y nos pide que respiremos su Espíritu para hacer de él la tierra prometida. *Infundiré mi espíritu en vuestros corazones*, dice Ezequiel; *Dejad que el espíritu de Cristo dé vida a vuestros cuerpos muertos por el pecado*, dice Pablo; *Cree en mí y tendrás vida, aunque parezca que la pierdes*, dice Jesús.

A muchos de nuestros vecinos los estamos oyendo decir: *A ver si pasa esto y podemos volver a vivir como antes*. Lo dicen porque sienten que la vida está aprisionada por un enclaustramiento que les parece un sepulcro. Es lo que nos pasa a nosotros, a todos, cuando somos atrapados por limitaciones de un tipo u otro. Pero para los creyentes estas situaciones deben convertirse en una llamada a reconocer que la vida verdadera no es volver a una vida sin límites a nuestros deseos, a la vida de un mundo que intenta tapar su tristeza con abundancia de bienes, deseos desenfrenados y cinismo para aislarse de los demás.

Tenemos que escuchar la palabra fuerte de Jesús: *¡Lázaro, sal fuera!* Y salir no del enclaustramiento al que están sometidos nuestro cuerpos, sino del enclaustramiento mortal al que está sometida nuestra alma cuando ha dejado de creer, de tener esperanza, de vivir en el amor.

Tenemos que escuchar en nuestro corazón a Cristo mismo que nos dice: *No temáis lo que mata el cuerpo, lo que lo enclaustra, lo que lo limita... temed más bien lo que puede matar vuestra alma. Venid a mí, creed en mí que soy la resurrección, respirad el Espíritu que he puesto en vuestras vidas, y vuestra existencia encontrará la vida que no muere*.

Este camino no se hace en solitario. El Señor nos envía unos a otros: *Desatadlo y dejarlo andar* -dice. Necesitamos no estorbarnos, dejarnos andar unos a otros, no convertirnos en una piedra de tropiezo para los demás. Y necesitamos igualmente desatarnos mutuamente, ayudarnos con paciencia a salir de nuestras trampas mortales.

Marta Y María salieron corriendo al encuentro del Señor antes de que entrara en Betania, porque sus corazones sabían cuánto le necesitaban. Corramos nosotros también desde nuestras tumbas al Señor de la vida.



Semana Santa'20

(COVID-19)

----- Homilías -----

DOMINGO DE RAMOS

Siempre había querido ser sacerdote. En lo más profundo de su ser algo le decía que lo suyo era elevar una oración suplicante por el pueblo ofreciendo el sacrificio estipulado para ello. En su entraña se dibujaba la palabra ABBA, y al pronunciarla en su oración apenas podía dejar de pensar en los que le rodeaban, conocidos y desconocidos, amigos y enemigos. Sacerdote del ABBA, de su Padre del cielo que escucha la oración de sus criaturas, incluso cuando este no podía pronunciarla, como le pasó a Abel.

Cuando estaba en el desierto, aunque todos los fantasmas que poblaban la tierra separando a los hombres de Dios le asaltaron, ninguno le arrebató el sentimiento de su carne, la convicción de que estaba llamado a ser sacerdote. Así que cuando salió del desierto se encaminó al templo de Jerusalén desde donde Dios parecía escuchar las súplicas que iban unidas a los sacrificios y bendecir al pueblo. Quería gritarle con gratitud y confianza: *Extiende tu bendición fuera de estos muros, derrama tu gracia como lluvia sobre todos los desiertos que rodean tu ciudad santa.* Y se puso en camino. Solo, sin alforjas, a pie, ni siquiera llevaba una acémila (que en algunos trayectos le prestaron). Desde su nacimiento había preparado su vida en la fidelidad a lo cotidiano que pedía la ley, reconociendo que sin esta palabra de Dios todo se oscurece y se degrada. Y ahora con la pureza sencilla de la vida vivida comenzó la subida a Jerusalén.

Pero tardó mucho en llegar. Todo le iba retrasando, porque iba recogiendo todas las ofrendas que había de presentar en el altar del templo. No le importaba llegar a tiempo, le importaba llevar la ofrenda verdadera. *No daba rodeos* para que no le entretuvieran, ni para permanecer puro según las disposiciones sacerdotales. Se paraba a cada instante. Unas veces porque el Señor le había *abierto el oído* y sabía escuchar al barro vencido y olvidado de muchos hombres que, como Abel, estaban muertos para los demás; otras porque el Señor le había dado *una lengua dócil que sabía consolar al cansado*, y no le salía pasar de largo; y algunas porque *ofreció su espalda* para cargar con la agonía de algún leproso o de alguna mujer señalada que dejaron pegada su impureza a la espalda que les ofreció. Así, a medida que se iba retrasando, la ofrenda que quería presentar al Señor para suplicar su bendición iba tomando carne en él, se iba haciendo una con él.

Nadie sospechaba que estaba llamado a ser el sumo sacerdote que intercediera por el pueblo porque se rebajaba a tareas indignas, se dejaba tocar por gente indeseable e impura, se mezclaba con los pecadores... Había tomado la *forma de esclavo* de los que no merecían la atención de los justos. Sin embargo, era aclamado por los que siempre buscaron sin encontrar y por los que habían sido elegidos sin buscarlo. A veces ni siquiera los más cercanos lograban entenderlo, por eso antes de entrar en Jerusalén a ofrecer su sacrificio se detuvo en Betania a cenar en casa de Simón, *el leproso*, y se dejó *ungir* por el amor de una *mujer* con la vida rota (dice Marcos). *¿Entendéis? Esto es lo que se recordará.* Que mi cuerpo ha abrazado la humanidad en su totalidad, en su extensa totalidad, también en degradación que la habita y que algunos fingen que no existe declarándola impura delante de Dios.

La noche antes de su turno sacerdotal estuvo inquieto. A las afueras y en oración sintió que su cuerpo se estremecía intuyendo que los fantasmas que engañan a la humanidad habían seguido haciendo su trabajo endureciendo el corazón de los dirigentes, haciéndoles creer que solo ellos eran dignos y merecían la escucha de Dios.

Así que cuando entró en Jerusalén se hicieron realidad sus pesadillas, descubrió que *los sumos sacerdotes y los ancianos se habían puesto de acuerdo* para eliminar su turno

de oración, porque llegaba embarrado de carne infectada, indigna de entrar en el Sancta Sanctorum para ofrecer a Dios el sacrificio por la vida del pueblo. Y le hablaron y escupieron con desprecio, le abofetearon, le golpearon. Y él, que siempre soñó recoger en su plegaria a todo el pueblo en presencia de Dios, se encontró crucificado a las afueras de la ciudad santa, a la entrada del desierto donde viven todos los expulsados que había conocido por el camino, en el desierto agónico donde desesperan los hijos de Adán y Eva.

Ya no tenía nada, solo le quedaba su cuerpo agonizante. En él estaba entero el dolor que crea el desprecio de los justos, la soledad que extiende la indiferencia de los ensimismados, las heridas que infringen la injusticia y el odio de los impíos. Su cuerpo entero era una llaga, la que imprimió el pecado en la carne de la humanidad. Pero entonces, ante el asombro de todos gritó su plegaria, la que siempre quiso proclamar para recoger en Dios a los hijos de los hombres. Gritó su plegaria sacerdotal: *Dios mío, ¿dónde estás?*

Y Dios que sabe escuchar la oración del barro agrietado, le escuchó. Escuchó su ofrenda santa hecha de dolor y compasión, y arrancando la cortina del templo se fue a las afueras donde siempre quiso estar, porque Dios siempre esperó que los hombres no fingieran ante Él, que se presentaran desnudos con su dolor y su pecado, como *tierra reseca, agostada, sin agua*, confiando en que Él les daría de nuevo a beber el agua del paraíso. Y así fue que Dios gritó por boca de Caín: *Verdaderamente este era tu Hijo*. Y fueron reunidos los hermanos, Caín y Abel comprendieron que en esa cruz Jesús intercedía con ellos y por ellos, y que se había cumplido lo que Jesús quiso desde siempre, envolver con el amor recibido de su ABBA la carne herida de todos.

Así que cada año nosotros, hermanos de Caín y Abel, nos reunimos para recordar la subida compasiva de Jesús a Jerusalén, su expulsión impía de la ciudad de Dios y su ofrenda santa por nosotros, sabiendo que ahora podemos acercar nuestros desiertos a Dios.

Nos reunimos y proclamamos: *En verdad es justo y necesario darte gracias, Dios y Padre nuestro, porque Cristo, nuestro Señor, siendo inocente aceptó la injusticia de ser infectado con nuestra carne sufriente y pecadora y la muerte para hacernos partícipes de tu amor, de ese amor que ha querido vivir en sus afueras.*

Nos reunimos y oramos para que se rompan nuestras corazas y, como el centurión, podamos asombrarnos y reconocer a Cristo como Hijo de Dios, como nuestro sacerdote de paz, perdón y bendición.



JUEVES SANTO

Todo estaba estipulado. Todo. Los protocolos de la cena pascual venían de lejos, de ese tiempo inmemorial donde Dios mismo parecía haber tocado la historia modelando un rito que debía cumplirse a rajatabla. El tiempo, el espacio, la forma...

Era la repetición paso a paso de la liturgia de la cena la que hacía recordar a los participantes el misterio de la misericordia de Dios que tras una noche terrible abrió el

alba de la libertad para Israel. No bastaba, sin embargo, hacer memoria, había que tener puestas las sandalias en los pies. No había que comprar unas sandalias nuevas exclusivas para el rito, no había que ceñirse la cintura con un cinturón especial. Simplemente había que celebrarla como si hubiera que salir en ese momento hacia una nueva tierra de promisión. El Señor no estaba en el pasado. Estaba viniendo de continuo para salvar a su pueblo y los creyentes debían estar preparados para abandonar nuevamente todo lo que habían ido recuperando de la tierra de Egipto.

Jesús mandó a alguno de sus discípulos a prepararlo todo. Y comenzó la cena ritual, pero de repente, como si hubieran olvidado algo, Jesús se levantó de la mesa en medio de la cena (dice el texto) y se puso a lavarles los pies. Todo el rito quedó interrumpido, nadie parecía entender nada y alguno se negó a aceptar tenerle a sus pies. Jesús había roto la acción sagrada y, sin embargo, todo parecía cobrar un nuevo sentido.

Es que aún no sabéis que quien me ve a mí ve al Padre. Es que no sabéis que celebramos que Dios se inclinó para consolar a su pueblo, que se agachó para liberar a quien no podía presentar nada como mérito. ¿No sabéis lo que celebramos?

Desde el principio de los tiempos Dios se manchó las manos con el barro de la tierra para llenarla de vida; Dios se inclinó sobre el hombre para insuflarle el aliento que solo a Él pertenecía; Dios se identificó con un pueblo insignificante y pecador que hizo que su nombre fuera despreciado. ¿No sabéis lo que celebramos?

Ahora en la plenitud de los tiempos, Dios me ha enviado naciendo del barro de lo humano para liberar a los hombres y mujeres de los poderes que sobre ellos tienen el afán de gloria y de poder. ¿Por qué oscura razón no queréis verme a vuestros pies? Me llamáis maestro, y decís bien, pues lo soy. ¿No os he enseñado que vivo para mostrar la presencia del Señor? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. Y si yo os he lavado los pies es que Dios vive inclinado por los siglos para que tengáis vida.

¿Pará qué creéis que celebramos la cena pascual? Hoy, aquí y ahora, se cumple la promesa de Dios: *He visto la aflicción de mi pueblo*, he escuchado su clamor. Mirad que bajo para liberarlo. Aquí estoy, abajo. Aquí estoy con el mismo peso de la humanidad sedienta de vida y amor. Aquí estoy para que vuestros pies cansados de tantos caminos falsos encuentren el descanso entre mis manos.

Cuando Jesús terminó de hablar desde el suelo, los discípulos no sabían qué decir. No sabían si volver a la mesa y seguir el rito o si ya estaba interrumpido del todo y había que esperar a que el Maestro les indicara qué hacer. Entonces Jesús, se levantó y les dijo: *Haced esto en memoria mía*, y así sabréis que yo estoy con vosotros, en vosotros. *Haced esto en memoria mía*, y así todos conocerán el nombre de Dios, podrán recibir su vida y le darán gloria.

Mucho tiempo después, cuando todo estaba de nuevo estipulado, una invasión rompió de nuevo los protocolos. Los discípulos otra vez se pusieron muy nerviosos, algunos se angustiaron. ¿Cómo encontrarían al Señor? En un rincón se oyó de nuevo la voz de una mujer que lloraba mientras decía: *Se han llevado a mi Señor y no sé dónde encontrarlo*. Pero todo era silencio. El rito se había interrumpido y Dios callaba. Esta vez Él no hacía nada, como si esperara a ver si habíamos aprendido.

Entonces el Espíritu consolador recordó lo que Jesús había dicho: *Haced esto en memoria mía*. Los que se habían congregado para aquella celebración interrumpida se miraron, se sintieron presentes, se descubrieron unidos, reunidos por esas palabras. Se reconocieron amados con un amor que atravesaba toda carne y que les habitaba desde

aquel día en que Dios se había puesto a sus pies. Y la presencia del Amor lo envolvió todo. Nadie lo podía tocar, pero todos lo sabían presente. Nadie lo podía ver, pero todos podían mirarse a través suyo.

Y entonces cantaron alegres: *Ubi caritas et amor, Deus ibi est.*



VIERNES SANTO

Juan el evangelista, poco antes de comenzar la narración de la despedida y la muerte de Jesús, pone en su boca estas palabras: *Para esto he venido, para esta hora.*

Qué difícil de entender cuando se tiene delante la cruz. Por eso hay que alejarse un poco, mirar desde el designio que Dios escondió en su creación desde los siglos. *En el principio*, se nos dice, *Dios creó* el tiempo y lo orientó en sus horas a la llegada del *séptimo día*, esta es la *hora* que todos los seres buscan orientados por la Palabra de Dios que los llama a la vida. La *hora* donde todo vive armónicamente porque coincide con el diseño de Dios, y *Dios mismo lo habita todo descansando en su creación*. Para esto hemos venido al mundo. Esta *hora* se nos da a gustar de manera fugaz en muchas situaciones, en muchos encuentros en los que, sin darnos cuenta, deseamos que se parara el mundo. Sin embargo, el mundo sigue como si no le importara que nosotros necesitemos ese momento; sigue porque esa *hora* no es solo para nosotros, sino que es una hora común y no se realiza sin ser de todos.

Esta es la *hora* que siempre ha buscado hacer presente Jesús, haciendo de su vida un lugar donde todos encontraran sitio, donde todos recibieran la mirada benevolente de Dios, donde todos a través de sus ojos y su espíritu se reconocieran unidos y enriquecidos mutuamente. Una *hora* que nace del amor de Dios y que solo alcanza plenitud cuando la creación se llena de este mismo amor. Y esta es la hora que vivimos en torno a la cruz, porque la carne de Jesús es transfigurada por su amor hasta el extremo, y las heridas infringidas en su cuerpo solo rezuman compasión, perdón, misericordia; porque sus brazos extendidos se convierten en un regazo comprensivo para todos los que están cansados y agobiados; porque nadie está excluido por más que haya marcado el mundo con sus errores, su egoísmo y su violencia, ya que hay una posibilidad de renovación en la mirada del crucificado. *Cuando sea elevado* -dice el Señor- *atraeré a todos hacia mí*. He aquí la *hora* del amor donde, en medio de nuestra desértica creación, Dios hace nacer un manantial que vivifica toda la superficie de la tierra. Por eso cantamos: *Victoria, tú reinarás. Oh cruz, tú nos salvarás.*

Ahora bien, esta hora que no deja de atraernos aparece igualmente como una hora inquietante. El mismo Jesús dice: *Padre, librame de esta hora*, como cuando una mujer está en trance de dar a luz y le asustan los dolores que se avecinan y es obligado pasar. Todo su cuerpo está habitado por un poder que quiere dar luz y vida, y sin embargo se imagina el trance tan duro que quisiera echarse atrás y no pasarlo. Y es que la vida y el amor llevan consigo siempre la muerte, porque el vivir con paz requiere aceptar que la

vida no nace de nosotros y por eso no la podemos sostener nosotros mismos; porque entrar en el amor requiere esa confianza en la que todo queda en manos del otro sin poderlo forzar. Y es en este parto, donde el miedo a perder la vida y el miedo a no ser amados nos han hecho agarrarnos al poder y a los bienes intentando dominar ingenua y violentamente la vida, nos ha hecho intentar seducir y someter a los demás olvidándonos del amor y la amistad. De esta manera esta hora se ha convertido solo en un tiempo de dolor.

Sin embargo Jesús conoce al Padre, conoce su designio, sabe que necesita aceptar que su vida está solo en manos del que lo engendró, sabe que necesita mirar a los demás con confianza aunque no respondan a ella, y sabe que esto va a desgarrar su vida hasta hacerla aparecer como una nada agónica en espera del *aliento que Dios da al barro para hacerlo Viviente* con su misma eternidad. Por eso sobreponiéndose dice: *Para esto he venido. Glorifica tu nombre*, pues sabe que, si se entrega, el aliento de Dios será más fuerte que la muerte.

Otro Juan, el de la cruz, lo comprendió hasta unos extremos que nos asustan, pues nuestra confianza en Dios siempre hace apaños con la pasión por controlar la vida y sujetarla a toda costa, en la que el amor dado y la confianza necesaria para descubrirse amados hace apaños con el miedo a no ser dignos intentando someter nuestro corazón y el de los otros con mentiras. Él, que conocía bien los movimientos interiores del espíritu, nos recuerda que para llegar a esa hora donde la gloria de Dios descansa en nosotros (al monte Carmelo, lo llama) hemos de seguir el camino de la humildad radical de Cristo: *Para venir a poseer -dice- lo que no posees, has de ir por donde no posees.*

¿Qué es lo que no poseemos sino la vida y el amor? ¿Qué es lo que necesitamos poseer si no es la vida y el amor? ¿Y qué es lo que necesitamos para tenerlos sino la confianza de que sin poseerlos son nuestros porque están sostenidos por Dios mismo para nosotros?

Preñados de la vida de amor de Dios que quiere darse a luz en nosotros, somos invitados a mirar de frente a Cristo que se eleva crucificado en el monte de perfección donde Dios nos espera; somos invitados a contemplar cómo desposeyéndose recibe de Dios su propio ser, pues cuando parece que ya no es nada, que no posee ya nada, puede darlo todo entregándonos su Espíritu.

Y es entonces cuando nuestro corazón se parte. De un lado atraído por la grandeza de Cristo, del otro herido por nuestra pequeñez que quiere huir. Y ante él, el día y la noche de nuestra vida luchan para hacerse con el control, como le sucediera antaño a Jacob. ¡Es tan difícil dejarse vencer por Dios! ¡Es tan difícil entregarle todo lo que somos, aunque sepamos que solo Él puede sostenerlo en su eternidad viva! ¡Es tan difícil entregarle el valor de nuestro ser y aprender la humildad que nos hace libres; entregarle nuestra vida y la de los nuestros, aprendiendo la confianza que da paz incluso a nuestras lágrimas; entregarle los dolores de cada día, aprendiendo a amar por encima de toda circunstancia, aprendiendo a convertirnos en manantiales de vida en el desierto de este mundo! ¡Es tan difícil dejar que Dios convierta nuestro barro crucificado en vida luminosa!

Pero entonces, cuando todo parece perdido en esta lucha, Jesús inclina su cabeza y nos *entrega su Espíritu*. Así pues, respiremos hoy el aliento de su vida crucificada, de su vida que da vida. *Miremos al traspasado.*



Pascua'20

(COVID-19)

----- Homilías -----

DOMINGO DE PASCUA

Desde lo hondo a ti grito Señor.

Gritó en silencio, en la tierra de los muertos,
gritó con una sangre que hablaba mejor que la de Abel.

Gritó con el cuerpo abrazado
a todos lo que gritan
en el silencio de sus heridas, de sus anhelos,
de sus esperanzas vencidas
por el peso del pecado y de la muerte;
gritó encerrado con ellos en la tierra de los muertos.

Gritó con el cuerpo abrazado
a todos los que no gritan
porque tienen miedo de ser descubiertos
en su complicidad
con las fuerzas del mal;
gritó encerrado con ellos en la tierra de los muertos.

Gritó silencioso, en el silencio de la muerte, abrazado a todos.

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

La piedra apenas resistió *tres días*
y ser resquebrajó
ante los embates de un amor tozudo,
sediento, que buscaba y encontró
vida con gozo de la Fuente de la salvación.

Una conmoción atravesó y venció
la piedra de nos alejaba,
desde que el paraíso se cerró,
separando nuestra carne de la carne hermana
donde el propio Dios cercano se nos daba.

Y la *tierra retembló estremecida* al sentir
este abrazo vivo que no soltaba a los hermanos
ni mordido por las fauces del dolor.

Y la Carne, que tenía este espíritu de amor,
al fin salió
oliendo al Padre de la vida
que no olvida
la promesa que nos prometió.

Y se oyó el tronar de la Palabra sobre el mundo:
¡Que haya Luz! ¡Que haya Vida!, y Cristo resucitó
como Vida no encerrada,
ni en el mundo ni siquiera en Dios;
como Luz que iluminaba
las tierras de penumbra y el misterio de Dios.

Y se abrió un *Camino por las aguas caudalosas*,

por la tierra que tantas veces nos ahogaba
con golpes de niña caprichosa, malcriada.

Él mismo se mostró:

con los pies en el suelo y en alto el corazón.

Y pudimos abrazarnos a sus pies de barro humano,
y pudimos adorar su corazón de cielo

entrañado en esta tierra de alegría y aflicción.

*¿Hay algún Dios tan cercano como el que gritó
en el abismo del dolor,
y creó la vida en el mismo misterio de su amor?*

Ha brotado la esperanza

entre las piedras,

que esta Carne arrojada

en el borde de caminos sin valor

brotó erguida frente al Padre

con flores vivas de intercesión;

que esta Carne pisada

al borde del camino como semilla sin valor

se inventa ahora de continuo a nuestro lado

en vidas que sirven a los pobres con amor.

¿Dónde está muerte tu aguijón?

Escuchamos la noticia de su boca: *¡No temáis!*,

y aunque aún tenemos miedo, la alegría enreda viva convocando al corazón.

Miedo al caminar en este día siempre extraño,

sin asiento ni equilibrio,

entre el sábado de muerte y el domingo de resurrección.

Pero hemos oído la noticia susurrante a nuestro lado

y las lágrimas que antes empañaban nuestra vida

ahora avivan solo ya el deseo del abrazo del Señor,

y la alegría que cantamos y que antes nuestra vida distraía,

ya no escapa de la carne herida que requiere compañía.

Ahora estamos muertos para el mundo,

ahora estamos vivos para Dios. Seguros

que *ni muerte, ni vida, ni los ángeles oscuros del dolor,*

ni potencias, ni abismos, ni los fantasmas de nuestro interior,

podrán separarnos del amor de Dios.

¿Cómo no cantarlo si amanece hoy

el séptimo día de la creación y, aún niño, ya brilla como el sol?



II DOMINGO DE PASCUA

Si lo pensamos bien, podríamos decir que hemos sido dados a luz a la vida y al miedo al mismo tiempo. Si nos adentramos en nuestro corazón podemos ver hasta qué punto está habitado desde siempre por pequeños y grandes miedos que continuamente se interponen entre el discurrir de nuestra existencia y su vivencia serena, pacífica. No importa lo que aparentemos por fuera, nuestro corazón tiene miedo de no ser aceptado, de no ser querido, de no estar a la altura, de ser excluido incluso haciendo las cosas bien, de no encontrar nuestro lugar. Por otra parte, tememos eso que ahora llaman *karma*, es decir, que lo que hemos hecho mal y ha hecho daño no se olvide y se revuelva contra nosotros en algún momento. Tenemos miedo de la culpa. Y después tenemos miedo de las amenazas de la vida concreta: de sus dificultades, de la enfermedad, de la falta de perspectivas, de la pobreza, de que de repente todo lo que hemos construido se destruya, de la pérdida de los nuestros...

Este miedo no siempre es sentido como tal conscientemente, pero siempre maneja nuestra vida estrechándola o haciendo que nos castigemos a nosotros mismos utilizando lo peor de nosotros mismos, de nuestros miedos o dando vueltas de continuo a situaciones o vivencias pasadas; y peor aún, que castigemos a los demás, de una forma u otra, para compensar esta falta de paz de nuestro corazón.

¿Cómo nacer de nuevo a una vida realmente viva, en paz, sin miedos? ¿Es acaso posible -preguntaba Nicodemo-? La segunda lectura de hoy nos dice que los cristianos *por la resurrección de Jesús hemos sido reengendrados a una esperanza viva*. Pero ¿es esto verdad o vivimos un cristianismo que ha olvidado las fuentes originarias de su ser permaneciendo en ritos, ideas y preceptos que no tienen ya capacidad para darnos una vida nueva?

Realmente nadie puede hacerse nacer a sí mismo, todos hemos de ser engendrados y dados a luz por otro, aunque sí podemos empujar como el niño que tiene ganas de vivir y le dice desde dentro a la madre: *vamos, ahora*. Quizá estemos como Tomás al lado de los discípulos cuya vida había cambiado al encuentro con la presencia resucitada del Señor. Con ellos, pero sin creerles de todo. A su lado, pero escéptico de lo que contaban. Tantas veces nos pasa lo mismo, oímos el evangelio escépticos, como aquello que ya nos sabemos y sabemos que no cambia nada.

Nuestra fe dice que es el encuentro con Cristo resucitado el que puede reengendrarnos. El encuentro con quien nos muestra sus manos heridas y, sin embargo llenas de vida; con quien nos muestra su corazón traspasado por el odio y sobreabundante en misericordia y perdón. Atravesó el fuego de todos los miedos y se nos muestra vencedor invitándonos a reconocer que no tenemos por qué tener miedo. *Acerca aquí tus dedos y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado* -le dice Jesús-. El Padre ha curado mis heridas y mi corazón te acepta en su nombre. ¿De qué tienes miedo? Creerás que nada te puede separar de mi amor: ni las heridas que sufres, ni la pequeñez que temes, ni las culpas que te persiguen, ni la estrechez de tu vida. Todo está en mi mano que no te abandonará.

Etty Hillesum, en 1942, despreciada y perseguida por ser judía, se expresaba así: *Las amenazas y el terror crecen día a día. Me cobijo en torno a la oración como un muro oscuro que ofrece resguardo, me refugio en la oración como si fuera la celda de un convento; ni salgo, tan recogida, concentrada y fuerte estoy. Este retirarme en la celda cerrada de la oración, se vuelve para mí una realidad cada vez más grande, y también*

un hecho siempre más objetivo. Aquí me reencuentro yo misma y mi totalidad, lejos de todas las distracciones. Y podré imaginarme un tiempo en el cual estaré arrodillada por días y días, hasta no sentir los muros alrededor, lo que me impedirá destruirme, perderme y arruinarme. Como Tomás en medio de sus dudas volvía de continuo al cenáculo con su escepticismo, Etty llevaba el horror externo y los miedos internos a su oración, incluso si aún no veía, incluso si aún no comprendía. Otra gran mujer de la Iglesia del siglo XX, Madeleine Dêlbrel, en su oscuridad atea, necesitando más vida y una paz que no podía darse a sí misma dice: *Me resolví a orar... Luego, reflexionando y orando, encontré a Dios.*

No podemos hacernos renacer, pero como el niño que espera la vida, que necesita respirarla, podemos empujar con la oración para que el Señor se nos muestre, porque si lo hace, *rebotaremos de alegría*, como dice la primera carta de Pedro por dos veces en la lectura de hoy, incluso si aún somos *afligidos por diversas pruebas*.

Necesitamos oír del mismo Cristo: *La paz contigo*. Necesitamos que él convenza a nuestro corazón de que hemos sido elegidos para llenarnos de vida, de la vida de Dios; que no hemos de tener miedo de no valer, de no ser amados, que hasta del más pequeño Dios tiene contado los pelos de su cabeza, que valemos más que los pajarillos que cantan su gloria. Necesitamos que nos enseñe la sencillez de la vida plena, que no se realiza sino en la forma en que Jesús vivió en el mundo: la acogida, la generosidad, la gratitud, la comunión; y que es la que finalmente es eterna.

En el fragmento del Libro de los Hechos de los apóstoles que leemos hoy vemos cómo los primeros cristianos habían perdido el miedo y se habían llenado de alegría compartida. Ya no necesitaban aferrarse a nada y compartían sus bienes compartiéndose a sí mismos, pues sabían que sus vidas estaban en manos de Dios. Sabían que sus heridas, sus pecados y sus posibles fracasos y dificultades serían superados por la sobreabundancia del amor de Dios manifestado en la resurrección de su Hijo. Solo de esta manera pasaron ellos y pasaremos nosotros de una espiritualidad oral, una forma de estar en el mundo miedosa e infantil en la que solo somos una boca que traga todo y a todos, a una espiritualidad del pan que vive solo para alimentar y esa es su alegría. Esto es lo que se nos dice que vivieron los primeros cristianos y esta es la vida que busca comunicar Cristo resucitado a nuestros corazones.

Así pues, *despierta tú que duermes, y el Señor te alumbrará (te dará a luz)*.



III DOMINGO DE PASCUA

No siempre Jesús aparece tan comprensivo como la imagen que tenemos de él. Hoy en el evangelio, toma el paso de dos de sus antiguos discípulos y con tanta discreción como firmeza sitúa la pertinencia y la impertinencia de su queja. Y es que a veces necesitamos un hombro para llorar y otras una palabra firme para volver a andar.

Los discípulos vuelven de Jerusalén desconcertados por lo sucedido, con aire entristecido, presos de una desesperanza que solo les deja volver a lo de siempre, olvidando el fuego que había encendido Jesús en su corazón y que ahora parece apagado

para siempre en la cruz. ¿Quién no estaría de su parte?, ¿quién osaría criticarles, sin miedo a ser pillado a la vuelta de la esquina en su misma situación?

Sin embargo Jesús no parece ser tan comprensivo. Después de dejar que los ‘caminantes’ se desahoguen corta en seco la conversación y desactiva todas sus quejas. *Basta ya de llorar, es que no os había dicho.*

Pero no los discípulos siguen atados, como durante la vida con Jesús a su antigua forma de mirar: torpe y necia. Esa manera de mirar que confunde la presencia de Dios en la historia con la el éxito, la intervención de Dios en la historia con el poder. Y el camino de la fe con un paseo protegido de gente con guardaespaldas.

Jesús ha pasado por el mundo como el viento de Dios que apenas encuentra lugar donde recogerse para alentar las formas del amor. Porque si una vez dijo: Misericordia quiero y no sacrificios; con su misma vida, de continuo, decía: Misericordia doy y no soluciones ni poder. Que torpes y necios para escuchar, que confundimos su promesa de eternidad con promesa de invulnerabilidad.

El Señor ha ofrecido su cuerpo como refugio de las lágrimas, pero ahora ha terminado el tiempo de la queja ensimismada. Porque la tristeza, si se deja a sus anchas anega el alma, desactiva las energías de la vida y olvida que nace del amor y que es el amor lo importante, que hay que seguir amando y no llorando. Por eso si es verdad que son necesarios los momentos de desahogo ante el Señor, por momentos se convierten en inconvenientes, pues nos ensimisman y no dejan que escuchemos la palabra de vida que nuestra necesidad no quería escuchar mientras nos iban bien las cosas.

Ahora, cuando seguimos escuchando que es “el primer día de la semana” a la vez que nosotros nos alejamos de la euforia de las celebraciones, es tiempo de comprensión, dice el Señor, ahora es el verdadero tiempo de conversión, pues antes aún no sabíamos que significaba seguir sus pasos. Por un momento es tiempo de volver a nuestras lágrimas y aparcarlas por un momento para escuchar al Señor: *¿No era preciso que el Mesías sufriera?, ¿creíais que fundaba la Iglesia del bienestar? Tendréis tribulaciones (angustias, problemas, desprecios, soledades...), pero no temáis, yo he vencido al mundo. Basta de llorar.*

En la segunda lectura se nos invita a recordar, pues quizá seguimos viviendo como ‘caminantes’ (nombre con el que se designa a los zombis en una serie de éxito), que somos peregrinos. Peregrinos aún en tierra extraña, aunque sepamos ya el destino de nuestra vida, un destino que nada ni nadie nos puede robar si nos acogemos con fe al Señor, pero que no nos libraré de las inclemencias de la historia. Se afirma que el Señor nos ha liberado de una conducta inútil, aquella que esconde la cabeza debajo del ala cuando nos va bien y en la que nos dejamos llevar por el divertimento de la vida, aquella que esconde la cabeza debajo de la almohada envolviéndose en llanto dejándose llevar por la tristeza de la vida. Conducta inútil que nos hace ‘caminantes’, muertos vivientes. El Señor resucitado ha llegado hasta nosotros para darnos una vida útil, para llenar nuestra vida de sentido. Él no nos abandonará *en la tierra de los muertos*, pero hemos de pedirle: *Enséñame el camino de la vida*. Nos reunimos cada domingo alrededor de su presencia para que al escuchar su palabra y reconocer que se nos da costosamente, partiéndose como el pan, retomemos el camino de la vida.

Nuestra vida, nuestra vida útil, es solo aquella que se convierte en una peregrinación. Algunos, hablando de las peregrinaciones, dicen que la meta es el camino, como si realmente no hubiera ningún sitio al que llegar más que a nosotros mismos. A veces

esperamos que la meta esté antes que el camino y que se nos dé sin esfuerzo ni sufrimiento; otras experimentamos que el camino es tan largo que desesperamos porque no vemos señales de ninguna meta real. Pero nuestra meta y nuestro camino es el evangelio, la vida misma de Jesús que se nos da. Por eso, nuestra peregrinación consiste en acercar la meta del evangelio convirtiéndonos a cada paso en el evangelio mismo para los que nos rodean. Esto fue lo que les pasó a los de Emaús, cuando comprendieron se levantaron y aunque era de noche, se pusieron en camino sabiendo que sus pasos contenían una alegría que nadie podía quitarles y que era necesario compartir: *Verdaderamente el Señor ha resucitado y está con nosotros.*

Cristo se nos ha manifestado –dice la carta de san Pedro- para que nuestra fe y nuestra esperanza estén puestas en el Señor y ni el bienestar ni las lágrimas puedan separarnos de la verdad de nuestra carne, llamada a ser evangelio vivo para el mundo. Decía san Serafín de Sarov: “Adquiere la paz interior y muchos en torno a ti encontrarán la salvación”. He aquí el camino que nos libra de una vida inútil.

Así pues, con confianza, venciendo nuestras lágrimas ensimismadas, dirijámonos al Señor de la mano de Cristo resucitado, repitiendo sin cesar: *Tú eres mi Dios, mi suerte está en tu mano*



IV DOMINGO DE PASCUA

No es extraño que la predicación pascual se deje llevar por emociones litúrgicas que terminan por presentar mundos ficticios, paralelos a la realidad que luego se derrumban como castillos de naipes al contacto con la vida cotidiana. Sin embargo, la liturgia eclesial es mucho más realista de lo que nuestras decepciones proyectan sobre ella acusándola de que nos había llenado la cabeza de pájaros, de que nos había contado una película de Disney con un final feliz que realmente no existe.

Hoy, cuarto domingo de Pascua, la Palabra de Dios nos invita a contemplar un mundo atravesado por el pecado, lleno de *ladrones y bandidos* que no respetan ni a Dios ni al prójimo. Este es el mundo real, una *generación perversa* que se ha olvidado de la verdadera vida, por más que aún sepa hacerla brotar de cuando en cuando en pequeñas buenas acciones. Cristo ha resucitado, pero la humanidad aún está creciendo en resurrección afectada por enfermedades tan graves que da la sensación de que no es probable que se salve. En estos días el papa Francisco comentaba que después del golpe sufrido por el COVID-19, otro virus peor puede contagiarnos, el de un *egoísmo indiferente*; aunque él sabe, así lo ha repetido una y otra vez, que ya estamos contagiados casi mortalmente. *Así estaban* -sentenciaba Jesús hablando de la venida del hijo del hombre, de su venida resucitada- *en tiempos de Noe: comían, bebían, se casaban...* todo sin más preocupación que la propia preocupación de sí mismos.

Vivimos en un mundo donde de forma directa (las menos de las veces) o en forma encubierta, a través de leyes que estructuran el mundo de manera injusta o no lo dejan moverse hacia la justicia, *se roba* y se sacrifica a muchos, como dice el evangelio de hoy; y, aún más, se entrega a la perdición la propia alma, como sugiere la expresión *se mata* de este evangelio, que Mateo ya comentaba (10,18).

Así pues, el evangelio de hoy nos sitúa allí donde Cristo resucitado viene a buscarnos, en nuestro mundo real: aquel que tiene oprimidos a muchos, oprimiendo a algunos, y haciéndose los tontos bastantes. No es extraño pues que nos miremos con recelo. Sin embargo, Jesús resucitado viene de frente, por la puerta, sin engaños. Pronuncia nuestro nombre sin halagos ni acusaciones, de tú a tú, en amistad, una amistad que solo quiere compartir la vida. Nosotros, los cristianos no nos agarramos a él para acusar a los demás del pecado de nuestro mundo. Nos lo dijeron en cuaresma como Pedro se lo dice hoy a los judíos de Jerusalén: *Vosotros lo crucificasteis*. Y nosotros lo aceptamos y repetimos al rezar nuestros viacrucis: *Señor, hemos pecado contra ti, es nuestro pecado el que te condenó*. Nosotros somos los que hemos descubierto con alegría que allí mismo, donde estábamos presos de nuestro pecado se ha abierto una puerta de misericordia, donde *errábamos* se ha abierto una puerta a la tierra prometida.

Esta es nuestra celebración pascual, la conciencia de que Cristo resucitado no se olvida de nosotros, que nos vuelve a *llamar por nuestro nombre* para *sacarnos fuera* de esta generación perversa, y retomar el camino hacia la vida verdadera, la vida plena, la vida eterna. La Pascua celebra que Cristo es la Puerta de la misericordia siempre cercana, que siempre está arrojándose a nuestros pasos para abrirnos a la vida. *Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida*, nos dice el salmo.

Ahora bien, este Cristo resucitado que nos busca es el que *padeció por hacer el bien*. Resucitado, nos ha mostrado sus cicatrices mortales, el precio pagado por su vida para rescatar la nuestra; el pago por vivir con verdad en medio de la mentira, con justicia en medio de la injusticia, con misericordia en medio del orgullo prepotente de los justos. Los que buscan la vida verdadera pagan siempre un precio en este mundo distorsionado. Por eso hoy, cuando Jesús resucitado vuelve, como cada día, a pronunciar nuestro nombre para sacarnos del redil donde estamos presos y al que tenemos querencia como ovejas morugas, se nos pone delante *para que sigamos sus huellas*, porque es fácil perderse, engañarse; porque es fácil que nuestro miedo a sufrir por hacer el bien, a estrechar nuestra vida para que otros la tengan, nos conduzca de nuevo a la senda de la muerte.

Si él ha venido *para que tengamos vida y vida en abundancia* no podemos vivir pensando en recibirla exprimiendo el mundo que nos rodea. El ejemplo que nos ha dado es el de repartir la vida, para que se ensanche entre todos. Restringirla en una acequia que solo riega mi propio huerto, dejando que la vida de los demás se agote suplicante a nuestro lado, y luego agradecerla cínicamente al Señor, no es de recibo.

Sin embargo, nunca estamos tan perdidos que Cristo resucitado no tenga abierta su puerta a nuestro lado, aunque seguramente que nunca estamos tan encontrados que Cristo resucitado no tenga que pronunciar nuestro nombre una y otra vez para despertarnos de este sueño de indiferencia que no es sino el ensimismamiento. ¿Comprenderemos que si el Señor es nuestro pastor la vida se basta para ser buena, y si nos buscamos otros dueños la vida, incluso exuberante, termina siempre por agotarse?

Hemos sido rescatados para ser testigos de la vida verdadera para el mundo, y aunque nos dé miedo este es el camino que nos salva y que nos hará ser la luz para iluminar a todos, luz que encendió en nosotros la vida resucitada de Jesús y que celebramos la noche de la pascua.

*No temas, que yo te he rescatado.
Te he llamado por tu nombre y eres mío (Is 43,1).
Sígueme, vamos a dar vida.*

V DOMINGO DE PASCUA

Nos ronda de continuo, a veces habita en nosotros como un inquilino permanente, la sensación de que no estamos en nuestro sitio, más aún, de que aunque estemos en él este sitio es demasiado estrecho para nosotros. Esta sensación hace que nuestra vida se convierta en una continua peregrinación en busca de una tierra prometida que por momentos alcanzamos en un espacio, en una forma de vida o en una o algunas personas. Lo vemos en los adolescentes y en los jóvenes que deben descubrir su identidad y no saben muy bien cómo y dónde, y están así en continuo movimiento exterior e interior. Pero esta sensación es un inquilino que, más o menos escondido, habita en todos y en todas las etapas de nuestra vida.

Pero ningún sitio, por más que lo amemos y hayamos vivido experiencias inolvidables en él, como por ejemplo los espacios de nuestra infancia o el hogar construido por años con la vida feliz y compartida en él, consigue crear una atmósfera de plenitud permanente. Por otra parte, nadie se convierte, incluso si compartimos nuestra vida de manera radical con él, en un hogar pleno, completo, armónico. Y nos preguntamos: ¿Somos nosotros quienes no encajamos o es el mundo el que no quiere dejarnos sitio?

En el evangelio Jesús nos invita a mirar de frente este desasosiego por no saber si existirá esa morada plena en algún lugar. *Que no se inquiete vuestro corazón*, le escuchamos decir. En la primera lectura la cuestión se radicaliza porque presenta la primera Iglesia, lugar que Dios ofrece como verdadera familia donde encontrar por fin la armonía y la paz, dividida entre formas de pensar la fe que hacen que también la Iglesia sea un hogar incompleto.

Pero allí, precisamente en la ella, escuchamos una invitación: *Acercaos al Señor*. Y cuando lo hacemos, Él mismo se dirige a nosotros diciéndonos: *Yo soy la vida*, que podemos traducir como *Yo soy el espacio de la vida verdadera, la forma de la vida verdadera, el hogar de la vida verdadera*. Como dice el prólogo de Juan: *En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres: su hogar, más allá de las tinieblas que los hacían perderse en la angustia de la nada* (Jn 1, 4-5).

En la Iglesia nos escuchamos, esta es la segunda lectura de hoy, elegidos e invitados a construir un hogar nuevo, una *casa espiritual* en la que somos *pedras vivas* que dan vida a las que están a su lado, piedras colocadas alrededor y según la disposición de *Cristo piedra angular*. Pero ¿dónde se levanta este hogar que parece que siempre nos esquivo? Realmente no lo vemos ni lo veremos nunca construido del todo. Y no debemos ser como esos novios que quieren tener la casa puesta del todo antes de entrar a vivir, como si el hogar no se hiciera con la misma vida que va encontrando sus formas poco a poco. No la veremos porque se construye en el interior de Dios mismo y solo aparece como hogar pleno al final del camino, cuando Él lo empape del todo de su propio Espíritu, como hizo con la vida entregada de Jesús convertida en piedra angular de vida eterna para todos.

Cuando Jesús en el evangelio dice: *Creed mis obras*, nos invita a percibir cómo en ellas se va ensanchando el hogar de Dios para todos, de forma que al final todos tienen la puerta abierta para entrar en el banquete de la vida. *En la casa de mi Padre hay muchas moradas, hay morada para todos, hay un lugar para cada uno*, nos anuncia para que no desesperemos. Y esto que ha mostrado en su vida se manifiesta con su resurrección abierto para siempre. Ahora, al escuchar el evangelio, podemos sentir que viene resucitado a mostrarnos su cuerpo como hogar vivo invitándonos a recogerlo en él, para

que caminemos con fe y paciencia, aunque parezca que no vamos a ningún sitio porque no hay ningún sitio aquí donde alcanzar un descanso permanente.

Por eso, nuestro lugar no coincide nunca del todo con una relación, con un espacio de vida o con un trabajo, ni siquiera con una vocación, sino con una forma de ser en ellas, la forma del mismo Cristo. Escuchemos: *Yo soy el camino y la vida* (el hogar). Y esto es fundamental entenderlo para no desesperar yendo de aquí para allá buscando sitios que ni siquiera podemos imaginar porque simplemente son el reverso del malestar que nace cuando no aceptamos la limitación de todo espacio, de toda relación, de toda vocación.

Pero esto no significa que dejemos de pensar en construir nuestro hogar aquí y ahora, al contrario. Al igual que Jesús, que se esforzó con su vida en crear ambiente acogedor con su misma presencia allá donde y con quien estaba, nosotros estamos invitados a acoger esta forma de ser creando y ensanchando creativamente espacios de vida.

Sois un sacerdocio real, dice el apóstol Pedro. O dicho de otra manera, al igual que el sacerdote en la mentalidad bíblica ofrecía oraciones y ofrendas por los demás, vosotros debéis tener presentes en vuestro corazón a los otros intercediendo por ellos, hasta que Dios convenza a vuestro corazón de que sois un solo cuerpo en Cristo. Lo mismo que el rey en la mentalidad bíblica estaba destinado a cuidar de los pobres y desvalidos creando un espacio de justicia, vosotros debéis hacer lo mismo con los que os rodean. Este sacerdocio real nos lo ha enseñado Cristo y es el que hace que seamos un hogar unos para otros mientras se construye el cuerpo de Cristo, al que pertenece toda la humanidad, en el mismo corazón de Dios.

Es así como cerramos el ciclo mortal que nos inquieta haciéndonos creer que pertenecemos a la nada y no tenemos verdadero hogar. Es Cristo quien nos hace comprender que *los ojos del Señor están fijos en los que buscan su misericordia como hogar para librar nuestras vidas de la muerte y reanimarnos cuando tengan hambre de vida y compañía*.



VI DOMINGO DE PASCUA

Hoy la palabra de Dios comienza con una predicación dirigida a los samaritanos. Estos eran mirados por Israel como parte de su antigua historia de fe, aunque demasiado mezclados con la mentalidad pagana. Quizá sea bueno que nos pongamos en su piel, porque su situación no es tan distinta a la nuestra, hijos de la fe primera cuya vida está demasiado mezclada con la mentalidad del mundo.

A medida que escuchaban la palabra de Dios -dice el libro de los Hechos- de ellos *salían espíritus inmundos y muchos paralíticos se curaban*. ¿No es esto lo que necesitamos nosotros mismos y lo que tanto le cuesta hacer a la palabra de Dios porque apenas si la escuchamos con fe como hicieron aquellos samaritanos? Escucharla con fe no es simplemente una acción espiritual, es un trabajo de vida, una lucha contra la inercia en la que estamos presos. Y el fruto de esta lucha de fe es el don de la alegría en nosotros y a nuestro alrededor a través nuestro: *Toda la ciudad se llenó de alegría*.

La vida cristiana está marcada por la acción de gracias. Es la eucaristía la que marca su estructura. La vida cristiana no es sino la expresión agradecida en gestos cotidianos del encuentro con la bendición irrevocable que Dios nos ha ofrecido en Cristo; la forma que adquiere el cuerpo de nuestra vida cuando sabe que ha sido mirada con afecto eterno, siendo como es insignificante en la inmensidad del mundo; visitada de continuo por misericordia siempre renovada del Creador; y abrazada para siempre por el Hijo de Dios que nos ha hecho sitio en el corazón mismo del Padre.

Sin embargo, los hombres de este mundo temen demasiado las deficiencias de la vida y son demasiado poco confiados ante la maravilla de una creación que se nos da antes de que hagamos nada. Y este miedo, nacido a veces es verdad de muchas decepciones y tristezas, les impulsa a crear espacios artificiales de alegría temporal a los que se aferran agotándose de manera insensata, porque todo lo temporal es frágil incluso cuando está atado y bien atado. Así, en este juego absurdo vamos perdiendo la vida en quejas y acusaciones o en exhibiciones de fuerza y control que nacen del triste manantial de la desesperanza.

El cristiano en cambio vive de la acción de gracias, glorificando día y noche al Señor, sentado en el suelo de la vida, humildemente, con sus deficiencias puestas a los pies de Jesús sabiendo que su sombra nos arropa, que el cuerpo de su vida no nos olvida, ese cuerpo que se ha hecho vida eterna. Y cuando comprendemos esto a través de los ojos de la fe (*vosotros me veréis*, dice el evangelio), cuando vemos al Señor acercarse hasta hacerse uno con cada uno nosotros y levantarse luego hasta mostrarse uno con Dios mismo, entonces la fe le hace escuchar a nuestro corazón: *Yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros*. Y nace una alegría que lo impregna todo, la risa y el llanto, los logros y los fracasos.

Pero seguramente todavía pertenecemos demasiado al mundo y nuestra fe en Dios, mezclada y disminuida por la confianza solo en nuestras fuerzas, no sabe oírlo: *El mundo no puede recibir el Espíritu de la verdad*, dice Jesús. Por eso hemos de venir de Samaría a Galilea a que Jesús nos enseñe a creer, nos enseñe a *matar la carne y dejarnos vivificar por el Espíritu*, como dice la primera carta de Pedro que hizo él.

Matar la carne, que aquí define nuestra vida separada de Dios, centrada sobre sí misma y sus poderes, dejándose llevar por la violencia y el dominio de todo y de todos. Morir a la carne es abandonar la obsesión de poder más, de tener más, de ser más reconocidos creyendo que así encontraremos la felicidad y nos sostendremos en la vida.

Por el contrario, la vida en ese *Espíritu de la verdad* que nos promete Cristo nos enseña a acoger los dones que nos salen al encuentro (bienes o personas) con gratitud y delicadeza, sabiendo que no son nuestros y que por eso podemos perderlos en cualquier momento. Nos enseña a afrontar la tristeza de las pérdidas con fe en que todo lo bueno está recogido en la resurrección de Cristo y nada se pierde, y nos fuerza a cambiar poco a poco nuestros lutos obsesivos en alegre gratitud por lo que se nos dio y nos espera. La vida en *el Espíritu de la verdad* nos enseña a respirar la voz del Señor que nos llama hijos y se complace en nosotros eligiéndonos para su proyecto de vida cuando en no pocos momentos, desde fuera y desde dentro, escuchamos un susurro recurrente que nos dice que no somos nadie y que no importamos a nadie y que no tenemos nada que ofrecer. La vida en *el Espíritu de la verdad* nos enseña a reconocer los bienes y las capacidades que tenemos como instrumentos para el amor y no para el mero ensanchamiento del yo. La vida en *el Espíritu de la verdad* nos enseña que siempre tenemos una nueva oportunidad

en la vida, incluso cuando la hemos fastidiado, cuando hemos fracasado o cuando nos hemos hecho daño, y nos enseña a darle esta oportunidad al que está a nuestro lado.

Cuando lo vemos así no es extraño que queramos seguir siendo samaritanos con una vela puesta a Dios y otra al diablo. Y sin embargo es este Espíritu el que trae la verdadera alegría que llega con la palabra del Señor. Una alegría que requiere de la lucha contra nosotros mismos, requiere que nos hagamos violencia a nosotros mismos, como cuando no queremos levantarnos por pereza o por cansancio aunque solo en pie podamos recibir lo que nos tiene prometido ese día.

Hemos de medir la distancia entre nuestra celebración de la eucaristía donde todo está alrededor de la acción de gracias y la vida por nuestras calles, por los pasillos de nuestras casas, en las palabras que intercambiamos cara a cara o a través de correos y wasaps... ¿Somos hombres y mujeres que glorifican al Señor con su vida y sus palabras, como dice la despedida litúrgica: *Glorificad a Dios con vuestras vidas, podéis ir en paz?*, ¿o somos hombres y mujeres del mundo: quejumbrosos, displicentes, ensimismados, que aún no se han convertido en el buen samaritano?

Hoy somos invitados, como cada domingo, a ver la obra que el Señor hizo en Cristo y contagiarnos del poder que en ella se nos entrega: *Venid a ver la obra del Señor en favor de los hombres* -dice el salmo-. *El transformó el mar en tierra firme. Alegrémonos con Él* mientras atravesamos las tempestades de nuestra vida.



ASCENSIÓN DEL SEÑOR

En muchas ocasiones el pueblo de Israel se vio sometido por poderes de muerte (la mentira, la violencia, la injusticia, el abandono) y sintieron la soledad, la angustia, el peso de la pequeñez y la muerte. Y en esos momentos vieron alzarse a Dios como defensor, lo reconocieron como Señor de la historia, aunque fuera solo por un tiempo. Eso les bastó para seguir confiando en que a su tiempo todo sería puesto por estrado de sus pies. En el interior de este recuerdo agradecido nació el salmo 47 que cantamos hoy: *Dios asciende entre aclamaciones, el Señor en medio de nuestros gritos de júbilo*. Los que cantan son los pobres y olvidados, los tratados injustamente y sometidos por la violencia que han encontrado un defensor de por vida.

Esto es lo que los cristianos confesamos al celebrar la fiesta de la Ascensión de Cristo. En ella no olvidamos al Jesús que *hizo y enseñó*, porque esto es precisamente lo que asciende y queda protegido por Dios. No asciende Jesús sin su historia, olvidando lo que aquí ha sucedido, asciende revestido de la carne de sus relaciones, de sus encuentros, de sus palabras y miradas intercambiadas. Lleva consigo el contacto con cada uno de los que se cruzaron en su camino y a los que ofreció su propio cuerpo como espacio de bendición. Quiso anudarse a nuestra historia, a nuestras historias, y ahora, después de verle perecer bajo los poderes de este mundo, contemplamos como Dios le recoge del polvo de la tierra para sentarlo a su derecha, es decir, para hacerle partícipe de su poder de vida eterna.

Es así como los que confiaron su vida a Jesús, los que confiaron en su perdón dado, en su tacto sanador, en su palabra de sentido, en su mirada rehabilitante descubren que

tienen sitio junto a él en la gloria de Dios, y que ninguno de los poderes que aún les retenían lejos de la vida que Dios pensó para ellos tendrá la última palabra.

La ascensión de Jesús se comprende sobre todo desde el abismo de la soledad, del desprecio y de la muerte con el que el mundo nos aleja de Dios, porque es desde ahí desde donde asciende Jesús eternizando el amor envolvente con el que revestía a aquellos que desnudos se escondían de Dios, a aquellos que despojados de su dignidad o de sus bienes caminaban sin esperanza; eternizando el amor que despojaba a los orgullosos del poder de sus bienes y sus méritos para que reaprendan la verdad simple de la misericordia creadora de Dios. Es este amor el que es liberado de la tumba que el pecado le ha construido en el mundo y frente a la cual los hombres desesperamos porque nos hace olvidar que estamos creados para abrazar la vida misma de Dios.

Pero la vida de Cristo ha sido rescatada de la tumba y sentada a la derecha de Dios. Ojalá que el Padre *ilumine los ojos de nuestro corazón con la sabiduría que nace de esta revelación*, dice la carta a los Efesios. Porque se trata de ver lo invisible. Nada ha cambiado y todo ha sido puesto patas arriba. Parece que los poderes que oprimen el mundo siguen campando a sus anchas, pero quien sabe de la gloria de Cristo junto al Padre no se deja intimidar por ellos porque los ve heridos de muerte, aunque todavía puedan hacer un daño insensato e impío. Es así como se puede retomar el camino de la vida con esperanza, el camino que puso en marcha Dios para encontrarse con nosotros y abrazarnos con su vida plena que aún está por cumplir. Porque es a Cristo y a nadie más al que *se le ha dado el poder definitivo sobre la vida, y él ha prometido que no nos abandonará en este camino: Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos*.

Sin embargo, demasiadas veces seguimos a lo nuestro, como si no hubiera pasado nada, atados a una vida de horizontes cortos, encogidos en nuestros pasos miedosos y de poca fe, atados a dolores que nos ensimisman o a deseos de poder y reconocimiento en los que parece que adquirimos valor. Y seguimos preguntándole: *¿Es ahora cuando vas a hacerte ver actuando en nuestro favor?* Una pregunta que nos sitúa en una relación concentrada obsesivamente en nuestro bien, sin percibir que el camino de vida de Jesús no está centrado en su bien, sino en manifestar la gloria de Dios para todos, en manifestar su compañía salvífica y esperanzadora. Por eso Jesús responde a los discípulos como si no hubiera oído la pregunta invitándoles a testificar su vida, la forma de vida que asciende, que no queda presa en esta vida a ras de tierra a la que nos invitan los poderes del mundo: *Recibiréis la fuerza del Espíritu y seréis mis testigos*. Es para esto para lo que hemos sido elegidos los creyentes. Se nos ha dado la fe para que comprendamos y testifiquemos: *Ojalá el Señor ilumine hoy los ojos de nuestro corazón para que vean el horizonte de vida que se nos ha prometido en herencia*.

Otras veces habituados a la vida fácil o a las inercias del ‘mejor lo malo conocido’ dejamos de mirar este horizonte. A la frase de Hechos: *Galileos ¿Qué hacéis mirando al cielo?*, que en algún sentido parece recriminar este ensimismamiento temeroso de los discípulos, podríamos darle además otro significado. En uno de los manuscritos antiguos del libro de los Hechos no aparece la palabra cielo, y dice: *Galileos, ¿qué hacéis mirando?*, que me atrevo a traducir con una expresión propia de nuestra tierra: *Galileos, ¿qué?, ¿de miranda?* Se pone así en evidencia una forma de vida cristiana sin vigor, que no atiende a la profundidad de la existencia, ni acepta escuchar de verdad la llamada radical del Señor, que no se deja afectar por la necesidad de hacer valer la vida sacando

de ellas las fuerzas de la resurrección que ahora sabemos que tienen el poder último sobre el mundo.

Así pues, celebrar la Ascensión del Señor significa para los cristianos reconocer el poder de resurrección de su vida sobre cualquier otro poder del mundo, y recordar la llamada a ser testigos, reconocidos o incómodos, de esta vida de Cristo *hasta que Dios sea todo en todos*.



PENTECOSTÉS

Aunque en el evangelio de hoy escuchamos que los discípulos estaban encerrados por miedo a los judíos, en la presentación que nos ofrece Lucas en el libro de los Hechos las cosas son un poco diferentes. El miedo no está presente, todo lo contrario. Los seguidores de Jesús están reunidos, juntos. Están en el mismo lugar hombres y mujeres, discípulos y familiares, y María (1, 14). Están sentados, dando sensación de tranquilidad, recogidos en una misma serenidad compartida. Y en oración anhelante, en espera. Poco antes del episodio que leemos hoy se relata la elección de un discípulo para retomar el número doce, apuntando claramente que tenían conciencia de que el Señor se mantenía en su intención de recrear el pueblo de Israel y desde él toda la humanidad.

Esto debería hacernos pensar, porque si es verdad que existe un miedo paralizante aquí no está. Sin embargo, hay otro miedo seguramente más escondido que hace lo contrario, que moviliza hasta agotar, que nos tiene todo el día de aquí para allá sin parar, hablando, organizando. Un miedo al silencio, a la noche, al encuentro con nosotros mismos y nuestros vacíos, un miedo al encuentro con nuestras responsabilidades y con la misión que nos da el Señor. Un miedo que parece apaciguarse si estamos en un movimiento continuo que nos evite pensar; un movimiento que nos hace creer que dominamos la realidad, pero que en realidad nos agota sin darnos paz. Se trata de un miedo que no nos deja sentarnos juntos con serenidad a compartir la vida, que no nos deja permanecer en silencio, pensar, meditar, contemplar, ponernos honestamente ante el Señor. Y, por tanto, que no nos deja recibir a Dios, incluso si estamos todo el día hablando de él y actuando en su nombre.

Podemos recordar la escena inicial del ministerio de Jesús en el evangelio de Lucas en la sinagoga de Nazaret, paralela a este inicio de la misión de la Iglesia. Los paisanos de Jesús sentados, en silencio, expectantes, escuchan a Jesús. Sin esta actitud no puede percibirse la conmoción que provoca el evangelio, el estruendo del Espíritu, porque sin ella el ruido del mundo nos domina. Debemos darnos cuenta de que vivimos en un orden, tanto personal como social y también eclesial, lleno de movimientos casi espasmódicos que no nos deja respirar la serenidad de la vida verdadera, la paz que ofrece Jesús cuando llega a nosotros, el aliento que nos ofrece como resucitado, vivo en Dios y siempre a nuestro lado. Es el consumo agresivo del tiempo y del espacio, este movimiento lleno de inercias, el que en Nazaret no dejó a los paisanos de Jesús, después de haber sentido una cierta conmoción ante sus palabras, reposar y dejarse habitar por ellas, porque enseguida volvieron a la lógica del consumo de vida y gloria: ¿No es este el hijo de José?, ¿no lo conocemos ya? Haz, haz, haz..., si nos quieres contigo, milagros que nos salven.

Hoy, se nos invita a meditar el estruendo que produce el Espíritu de Jesús, por otra parte siempre discreto, cuando encuentra una rendija para entrar en toda la casa, en todos los aposentos de nuestro mundo, de nuestro mundo personal y de nuestro mundo social, un estruendo escondido para los que no saben cerrar su habitación por dentro y estar tranquilos esperando al Señor. Hoy se nos invita a comprender que su fuego intenta quemar nuestra vida mediocre y miedosa, y encender la pasión por la vida verdadera, con sus fragilidades y sus fracasos sí, pero habitada por la atracción de Dios, por su amor, por su paciencia y misericordia, por su perdón, por su creatividad amorosa, por su paz: Paz a vosotros, dice el Señor antes de soplar sobre los discípulos, como hizo Dios al principio de los tiempos para compartir su vida y poner en pie a la humanidad. ¿Conocemos realmente esta conmoción silenciosa de Dios cuando nos envuelve con su Espíritu?, ¿vive en nosotros?

Solo cuando nos abrimos sin miedo al silencio del Espíritu, al silencio de la compañía de Cristo resucitado, todo se convierte en palabra, en palabra de vida para todos. Solo así se nos dan palabras que todos pueden entender, porque no estarán determinadas por manías personales o por estilos propios, por intentos de dominio o por intentos de seducción escondida, sino que se dejarán mover por la historia del amor de Dios sobre nuestros pecados y miedos, por la historia de la fuerza de Dios sobre nuestras debilidades, por la historia de la bendición de Dios en los caminos de nuestra vida cotidiana.

Los cristianos solo tenemos una palabra que todos pueden entender: la vida concreta de Jesús que se nos ha entregado en la fe. Una vida en la que oímos la grandeza de Dios. Los discípulos llenos del Espíritu santo solo tenían esta palabra que todos podían comprender: El Señor es Dios-con-nosotros. Jesús nos ha abrazado en nuestra pequeñez para elevarnos a su altura divina.

Ya no hay que temer ninguna herida que nos mate: él, antes de insuflarnos su Aliento, nos enseña sus llagas curadas. Nos ofrece su Espíritu de resurrección y nos pide que, con él, vencamos el último miedo para que todo el mundo le conozca: Acogeos mutuamente, perdonaos unos a otros, y sentaros otra vez juntos conmigo en la mesa de la creación.

Bendiga mi alma al Señor, que envía su Aliento y recrea la faz de la tierra. Hoy bebemos el Espíritu de Cristo celebrando el pentecostés eterno. Seamos bienvenidos a la nueva creación que nos está esperando, que ya está aquí.